

Lk 16:1-13; 1 Tm 2:1-8; Am 8:4-7 El administrador deshonesto

¿Cómo consuelas al moribundo? El capellán de un hospicio me pidió que ungiera a una mujer que tenía miedo de morir. Traje un crucifijo y se lo puse en su cuello. Tú puedes hacer eso.

Le puse un escapulario en el cuello. Y le dije que la Virgen María en Fátima prometió que cualquiera que tuviera puesto el escapulario, al fallecer, sería bienvenido en el cielo. Tú puedes hacer eso.

Escuché su confesión, la ungué y le di la Sagrada Comunión. Tú puedes hacer eso invitándonos sacerdotes.

Pero lo más importante sucedió cuando rezamos el Padre Nuestro: le tomé la mano. Ella no quería dejarlo ir. Y así, me quedé, sosteniendo su mano. Tú puedes hacer eso.

Porque en ese momento demuestra que te importa, que la amas, que ella significa algo para Jesucristo. Y después de eso... cuando ella sonrió... supe que ella ya no tenía miedo de ir al cielo.

La pregunta es esta: ¿qué estás haciendo con los dones que Dios te ha dado?

Un administrador estaba a punto de ser despedido por malgastar los bienes de su jefe. No tenía fuerzas para trabajar la tierra y le daba vergüenza pedir limosna. Tuvo idea brillante, para que la gente le diera un lugar para quedarse:

Llamó a los que le debían dinero o productos a su jefe, y redujo sus deudas. Y cuando el jefe se enteró, lo alabó por actuar con prudencia.

¿Por qué? No porque fue deshonesto, sino porque fue inteligente.

Como dijo Jesús: *Pues los que pertenecen a este mundo son más hábiles en sus negocios que los que pertenecen a la luz (Lc 16,8).*

En otras palabras, debemos ser inteligentes en nuestra búsqueda del Reino de Dios, al igual que las personas impías son inteligentes en la búsqueda de sus ambiciones egoístas.

Debemos imitar--no la deshonestidad del administrador, sino su ingenio.

Quizás piensas: "No soy un administrador". Pero sí, lo eres. Cada uno de nosotros es un administrador de los dones que Dios nos ha dado:

Él nos ha dado nuestras manos para trabajar. Él nos ha dado nuestro cerebro para pensar. Él nos ha dado nuestro corazón para amar y cuidar, no solo a nuestros seres queridos, sino también a los marginados y necesitados.

Eso significa que tenemos que elegir entre dos maestros exigentes que no son compatibles entre sí. Debemos elegir entre Dios o las posesiones del mundo.

Pero ten cuidado. Porque las posesiones del mundo, especialmente el dinero, tienen un gran poder de seducción.

Lo vimos en la primera lectura. Los primeros judíos pretendían ser muy devotos, pero de veras odiaban el sábado. ¿Por qué? Porque no podían vender y ganar dinero.

Así que, en vez de orar el sábado, pasaron el día tramando cómo compensar las ventas perdidas haciendo trampas--arreglando las balanzas y agregando granos sin valor a lo que vendían.

Pero no podemos servir a dos amos. Odiaremos a uno y amaremos al otro o seremos fiel a uno y despreciaremos al otro. *No pueden servir a Dios y al dinero* (Lc 6,13).

Como Dios nos ha mandado desde los días antiguos: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas (Dt 6:5). Y Jesús lo dijo una y otra vez (Mc 12,30; Mt 22,37; Lc 10,27).

Entonces, como un administrador inteligente y prudente, hay que comprometernos por completo—

--con todo nuestro corazón, con toda nuestra mente y con todo nuestro ser-- para transformar nuestras vidas imitando al único maestro al que servimos: Jesucristo.

¿Qué podemos hacer? Tenemos que crecer en santidad. ¿Cómo? Compartiendo en el plan de salvación de Dios.

Tenemos que ayudar a Dios a cambiar el mundo a través de nuestras oraciones. Nunca subestimes el poder de la oración.

San Pablo lo dijo en la segunda lectura. Dijo que los cristianos deben orar por todos, hasta *por los jefes de Estado y las demás autoridades* (1 Tm 2:1-2a).

Pero en esos días, el malvado emperador Nerón estaba matando cristianos. Sin embargo, Dios quiere que todos los hombres se salven y todos lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tm 4).

Por lo tanto, debemos orar por nuestros líderes y nuestros enemigos para que cambien sus corazones y lleguen al conocimiento de que la salvación es a través del único amo al que servimos--nuestro Señor Jesucristo.

Y tenemos que ayudar a Dios a cambiar el mundo compartiendo nuestro dinero y posesiones con los demás.

Como dijo Jesús: *Con el dinero, tan lleno de injusticias, gánense amigos que, cuando ustedes mueran, los reciban en el cielo* (Lc 16, 9).

En otras palabras, comparte el dinero y las posesiones que tienes con los necesitados para que cuando muéranos, habremos amado.

Porque el amor... es lo único que pasará por el "ojo de la aguja" (Lc 18,25) y nos llevará al cielo.

Así que acerquémonos a la mesa de ese altar y recibamos el poder. Come Su cuerpo y bebe Su sangre para que Su Espíritu Santo venga a morar--vivo y poderoso--dentro de tu corazón, tu mente y tu alma.

Recibe Su sabiduría--el conocimiento de la verdad, que es Jesucristo.

Y recibe Su Santísimo Corazón-- para que puedas usar los dones que Dios te ha dado para amar, sacrificarte, perdonar y servir a todos los que Dios quiere amar tanto a través de Jesucristo--vivo y tan poderoso--dentro de ti.